

El estalinismo.

1. La Nueva Política Económica, 1921-1927

En 1920, el «comunismo de guerra», como hemos visto, se había enfrentado desesperadamente con los campesinos, los cuales, según se calculaba, estaban cultivando sólo el 62 por ciento de tierra en relación con 1914. Este hecho, juntamente con una grave escasez y con el hundimiento de los transportes, producía un hambre terrible. Murieron cuatro o cinco millones de personas. Los estragos de los ocho años de la Guerra Mundial, de la Revolución, de las guerras civiles, del Terror, habían dejado al país en ruinas, y su capacidad productiva con un retraso de decenios, comparada con el punto alcanzado en 1914. El levantamiento de los marinos de Kronstadt, en 1921, revelaba una profunda decepción en las propias filas revolucionarias. Lenin llegó a la conclusión de que la socialización había avanzado con excesiva prisa. Apoyó abiertamente un compromiso con el capitalismo, una retirada estratégica. La Nueva Política Económica, o NEP, adoptada en 1921, se prolongó hasta 1927. La mayor parte de la década de los 1920 asistió a un aflojamiento de ritmo para la mayor parte de la gente en la U.R.S.S.

Bajo la NEP, aunque el estado controlaba las «alturas de mando» de la economía, manteniendo la propiedad estatal de las industrias productivas básicas, permitía un gran volumen de comercio y de beneficios privados. El problema fundamental consistía en restablecer el comercio entre la ciudad y el campo. El campesino no produciría más que lo que necesitaba para su propia subsistencia, a menos que pudiera intercambiar su excedente por mercancías fabricadas en la ciudad, como ropa o utensilios. La población de la ciudad tenía que ser alimentada por el campo, si había de producir artículos de fábrica o incluso continuar viviendo en la ciudad. Bajo la NEP, se permitió a los campesinos que vendiesen libremente sus productos agrícolas. Se permitió a los intermediarios que comprasen y vendiesen productos agrícolas y artículos manufacturados según su voluntad, a quienes ellos quisieran, a precios de mercado y con una ganancia para sí mismos. La NEP, por lo tanto, favoreció al importante granjero individualista o «kulak». En realidad, los cambios rurales iniciados antes de 1914 estaban actuando todavía²⁶; familias campesinas consolidaban millones de acres como

propiedad privada en 1922, 1923 Y 1924. En compensación, otros campesinos se convirtieron en «proletarios», en brazos asalariados. La NEP favoreció también el brote de una clase comercial de nuevos ricos, neoburguesa, que hacía dispendiosas comidas en los restaurantes de Moscú, y cuya simple existencia parecía destruir el sueño de una sociedad sin clases. Bajo la NEP, se remediaron los peores daños de la guerra y de la revolución. Pero no había progreso real, porque, en 1928, Rusia estaba produciendo sólo, aproximadamente, tanto grano, algodón en rama, ganado, carbón y petróleo como en 1913, y mucho menos de lo que probablemente debería producir (dada la tasa de crecimiento anterior a 1913), si no se hubiera producido la revolución.

2. Stalin y Trotsky.

Lenin murió en 1924, prematuramente, a la edad de cincuenta y cuatro años, tras una serie de ataques de parálisis que le dejaron imposibilitado durante los dos últimos años de su vida. Sus restos embalsamados quedaron expuestos al público, permanentemente, en el Kremlin; Petrogrado recibió el nombre de Leningrado; en torno a su nombre y a su imagen, se creó un culto al dirigente; el partido le presentaba como un

igual deificado del propio Marx; y todas las escuelas de pensamiento comunista tenían que proclamar una inquebrantable fidelidad a la tradición leninista. En realidad, los antiguos bolcheviques nunca habían considerado a Lenin, en vida, como infalible. Muchas veces, habían discrepado de él, y unos de otros. Cuando él estaba muriendo, y después de su muerte, sus antiguos compañeros y contemporáneos, hombres que estaban en su plenitud y que mantenían los hábitos de discusión de los tiempos del destierro, luchaban entre sí por el control del partido en nombre de Lenin. Discutían sobre las intenciones de Lenin. ¿Había pensado él, secretamente, en la NEP como en una política permanente? En caso contrario, ¿cómo la habría modificado, y, más especialmente, cuándo? Tranquilamente, entre bastidores, como secretario del partido, sin prestar mucha atención a problemas más importantes, un miembro hasta entonces relativamente modesto, llamado José Stalin, de quien Lenin nunca había tenido una opinión demasiado buena, estaba reuniendo en sus manos todos los hilos de control del partido. De un modo más abierto y clamoroso, León Trotsky, que en su condición de comisario de guerra, durante los años críticos, sólo había sido menos sobresaliente que el propio Lenin, planteaba las cuestiones básicas del carácter conjunto y del futuro del movimiento.

En 1925 y 1926, Trotsky denunciaba enérgicamente el cansancio que había caído sobre el socialismo. La NEP, con su tolerancia para los burgueses y para los «kulaks», excitaba su desprecio. Desarrolló su doctrina de la «revolución permanente», un incesante impulso a favor de los objetivos proletarios en todos los frentes, en todas las partes del mundo. Se erigió en el exponente de la revolución mundial, que muchos, dentro del partido, estaban empezando a descartar, a cambio de construir primero el socialismo en un solo país. Denunció la tendencia a la osificación burocrática en el partido, y proclamaba la urgencia de un nuevo movimiento de las masas para darle vida. Reclamaba un desarrollo más intenso de la industria y la colectivización de la agricultura, que siempre había figurado en los manifiestos comunistas, desde 1848. Sobre todo, exigía la inmediata adopción de un plan general, de un control central y de una organización de toda la vida económica del país.

Trotsky no consiguió hacerse con el partido. Fue acusado de desviacionismo izquierdista, de maquinaciones contra el Comité Central y de incitar a la discusión pública de las cuestiones, fuera del partido. Stalin tejía su tela. En un congreso del partido, en 1927, 854.000 miembros votaron, obedientemente, por Stalin y por el Comité Central, y sólo 4.000 por Trotsky. Trotsky fue enviado primero a Siberia, y después desterrado de la U.R.S.S.; vivió primero en Turquía, después en Francia, luego en México, escribiendo y haciendo propaganda de la «revolución permanente», estigmatizando los procesos de desarrollo en la U.R.S.S. como «estalinismo», una monstruosa traición al marxismo-leninismo, y organizando una clandestinidad contra Stalin, como en otros tiempos lo había hecho contra el zar. Fue asesinado en México, en 1940, en circunstancias misteriosas, probablemente por un agente soviético o por un simpatizante.

3. Stalin: los planes quinquenales y las purgas. Planificación económica.

Apenas el partido había expulsado a Trotsky, cuando se apoderó de ciertas partes de su programa. En 1928, lanzó el Primer Plan Quinquenal, que se proponía una rápida industrialización y la colectivización de la agricultura. La «planificación», o planificación central de toda la vida económica de un país por los funcionarios del gobierno, había de convertirse en el rasgo distintivo de la economía soviética y en el que había de tener la máxima influencia en el resto del mundo.

Mirado retrospectivamente, parece extraño que los comunistas hubieran esperado diez años, antes de adoptar un plan. Acaso la verdad sea que los bolcheviques no tenían más que confusas ideas acerca de lo que harían, una vez tomado el poder. El marxismo, en la mayor parte de las cuestiones, sólo facilitaba orientaciones generales. El marxismo era, principalmente, un análisis de la sociedad existente, es decir, de la sociedad burguesa. También era una teoría de la lucha de clases. Pero retratar con todos sus detalles una sociedad futura, o especificar lo que debería hacerse, una vez que la lucha de clases hubiera sido ganada por el proletariado, era, según Marx y Engels, pura fantasía utópica. La burguesía, desde luego, sería destruida; habría «propiedad social de los medios de producción», y no habría «explotación del hombre por el hombre»; todos trabajarían, y no habría clase ociosa ni desempleo. Esto no era ir muy lejos dentro del funcionamiento de un sistema industrial moderno.

Engels había trazado, muy claramente, una gran idea constructiva. *Dentro* de cada empresa privada -había observado Engels-, reinaban la armonía y el orden; era sólo *entre* las empresas privadas donde el capitalismo era caótico. En una fábrica determinada -señalaba-, los diversos departamentos no compiten entre sí; el departamento de expediciones no compraba al departamento de producción a precios que fluctuaban según los cambios diarios en la oferta y la demanda; el producto final de todos los departamentos era planificado y coordinado por la dirección. Desde un punto de vista más amplio, las grandes fusiones de empresas y los *trusts* capitalistas, al controlar muchas fábricas, impedían la competencia ciega entre ellas, asignaban unas determinadas cuotas a cada una, anticipaban, coordinaban y estabilizaban el trabajo de cada planta y de cada persona, mediante una política general. Con el desarrollo de las grandes razones sociales, según Engels, el área de la vida económica sometida a la libre competencia se reducía constantemente, y el área que se incorporaba a la planificación racional constantemente se ampliaba. Para Engels y para otros socialistas, el paso inmediato evidente era el de tratar *toda* la vida económica de un país como una sola fábrica con muchos departamentos, o como un solo enorme monopolio con muchos miembros, bajo una dirección unificada, sólida y de grandes perspectivas.

Durante la Primera Guerra Mundial, los gobiernos de los países beligerantes habían adoptado, efectivamente, aquellos controles centralizados. Lo habían hecho así, no porque fuesen socialistas, sino porque, en tiempo de guerra, la gente estaba dispuesta a abandonar sus libertades habituales y decidida a hacer lo que el gobierno dijese, y porque todo lo demás estaba subordinado a un solo objetivo social abrumador e indiscutido: la victoria. Por lo tanto, la «sociedad planificada» hizo su primera aparición real (aunque incompleta) en la Primera Guerra Mundial. Fue en parte por la doctrina socialista expuesta por Engels, en parte por la experiencia de la guerra, y en mayor medida aún por la irresistible presión orientada a resolver los continuados problemas crónicos del país mediante la elevación de su nivel productivo, por lo que Stalin y el partido desarrollaron en Rusia la idea de un plan. La experiencia de la guerra fue especialmente valiosa por las lecciones que proporcionó sobre cuestiones técnicas de planificación económica, tales como el tipo de oficinas que había que instalar, el tipo de previsiones que había que hacer, y el tipo de estadísticas que había que reunir.

En la U.R.S.S., se decidió planificar para un futuro de cinco años, empezando en 1928. El objetivo del plan era el de fortalecer y enriquecer el país, hacerla militar e industrialmente auto-suficiente, asentar las bases para una verdadera sociedad de trabajadores, y superar la fama rusa de país atrasado. Como Stalin dijo en un discurso, en 1929: «Estamos convirtiéndonos en un país metalúrgico, en un país de automóviles, en un país de tractores. Y cuando hayamos puesto a la U.R.S.S. en un automóvil y al *mujik* en un tractor... veremos entonces qué países deben ser "clasificados" como atrasados y

cuáles como adelantados.»

El Primer Plan Quinquenal fue declarado cumplido en 1932, y se lanzó un Segundo Plan Quinquenal, que duró hasta 1937. El Tercero, inaugurado en 1938, fue interrumpido por la guerra con Alemania en 1941. Después de 1945, se introdujeron nuevos planes.

El Primer Plan Quinquenal (como los sucesivos) señalaba los objetivos económicos que era preciso alcanzar. Estaba administrado por una agencia llamada el Gosplan. Dentro del esquema de política general establecido por el partido, el Gosplan decidía la cantidad de cada artículo que el país debía producir, el volumen del esfuerzo nacional que debía ir a la formación de capital y el que debía dedicarse a la producción de artículos para el consumo diario, qué salarios debían percibir todas las clases de obreros, y a qué precios debían cambiarse todos los artículos. En el nivel inferior, dentro de cada fábrica, la dirección local formulaba sus «requerimientos» o los cálculos de lo que sería necesario, en materias primas, en maquinaria, en obreros especializados, en posibilidades de las instalaciones y en combustible, si había de entregar la cantidad de su producto que el plan señalaba, en una fecha establecida. Estos cálculos se elevaban al escalón de planificación superior (o miles de esos cálculos se elevaban a miles de escalones) hasta que llegaban al Gosplan, que, equilibrándolos entre sí y con las demás necesidades tal como se veían desde la cima, decidía qué cantidad de acero, de carbón, etc., debía producirse, y de qué calidades y tipos; cuántos obreros deberían prepararse en las escuelas técnicas y en qué especialidades determinadas; cuántas máquinas deberían fabricarse y cuántas piezas deberían ahorrarse; cuántos nuevos furgones de carga deberían construirse y qué líneas de vías férreas necesitaban reparación; y cómo, dónde, cuándo y para quién deberían estar disponibles el acero, el carbón, los técnicos, las máquinas y el material rodante. En resumen, el plan se proponía controlar, mediante una dirección consciente, la corriente de recursos y de mano de obra que bajo el capitalismo libre se hallaba regulada por los cambios en la demanda y en la oferta, a través de cambios en los precios, niveles de salarios, beneficios, tasas de interés, o renta.

El sistema era extraordinariamente complejo. No era fácil, por ejemplo, conseguir que el número justo de cojinetes de acero llegase al sitio justo en el momento justo, en exacta correspondencia con las cantidades de otros materiales o con el número de obreros que esperaban utilizarlos. A veces, había superproducción, y, a veces, subproducción. El plan se corregía a menudo, cuando se ponía en acción. Eran necesarios incontables dictámenes, comprobaciones e intercambios de información. Nació una numerosa clase de oficinistas de cuello blanco para manejar los papeles. El plan logró algunos de sus objetivos, superó unos pocos y no llegó en otros.

El principal objetivo del Primer Plan Quinquenal era el de construir la industria pesada, o riqueza fundamental, de la U.R.S.S. Se tenía el propósito de industrializar, sin la utilización de préstamos extranjeros'.

En 1928, Rusia seguía siendo, sobre todo, un país agrícola. El mundo no ofrecía casi ningún caso de un país que hubiera pasado de la agricultura a la industria sin préstamos del capital exterior. La Gran Bretaña, primera sede de la Revolución Industrial, fue el mejor ejemplo, aunque también allí, en el siglo XVIII, una importante cantidad del capital invertido en Inglaterra era holandés. Un país agrícola podía industrializarse mediante sus propios recursos, sólo a costa de la propia agricultura. Una revolución agrícola había sido el requisito previo para una revolución industrial en Inglaterra.

Mediante el cercado de la tierra, el estrujamiento de los pequeños granjeros independientes y la introducción del cultivo científico, bajo los auspicios de una clase de ricos terratenientes en desarrollo, Inglaterra había incrementado su producción de alimentos y dejado a muchos individuos de la población rural en situación de buscar

trabajo en la industria. El Primer Plan Quinquenal exigía una revolución agrícola similar en Rusia, sin beneficio para los terratenientes y bajo los auspicios del estado.

4. La colectivización de la agricultura.

El plan, en su concepción original, no preveía más que la colectivización de una quinta parte de la población agrícola, pero se revisó, de pronto, en el invierno de 1929, para incluir la colectivización inmediata de la mayor parte del campesinado. El plan establecía granjas colectivas, con un promedio de unos pocos miles de acres cada una, que se consideraban de la propiedad, no del estado, sino colectivamente de los campesinos que residían en ellas. Los campesinos individuales tenían que aportar sus tierras y su ganado de propiedad privada a las colectividades. Los campesinos que poseían tierras o provisiones en cantidades considerables, es decir, los campesinos prósperos o «kulaks», se resistían a entregarlas a los colectivos. En consecuencia, los «kulaks», como clase, fueron liquidados. Rigurosos destacamentos de comunistas procedentes de las ciudades empleaban, muchas veces, más violencia de la prevista por el plan; los campesinos pobres atacaron a los ricos; cientos de millares de «kulaks» y sus familias fueron muertos, y muchos más transportados a campos de trabajo en remotas zonas de la Unión Soviética. La tendencia que se había desarrollado desde Stolypin, y, ciertamente, desde la Emancipación, a crear una clase de propietarios, de contratistas de braceros asalariados y de campesinos «burgueses», ahora se invertía bruscamente. En el aspecto político, la obstinada oposición de los granjeros individualistas fue eliminada, y el campesinado se convirtió en una clase más semejante al proletariado de la doctrina marxista, una clase de personas que, en cuanto individuos, no poseían capital alguno, ni empleaban ninguna fuerza de trabajo, y así podían comprender mejor las ventajas de un estado proletario. El de 1929 -y no el de 1917- fue el gran año revolucionario para la mayor parte de la población de Rusia.

La colectivización se llevó a cabo a costa de una lucha de clases en el campo, en la que los granjeros más capaces perecieron, y a costa también de una enorme destrucción de ganado. Los grandes granjeros daban muerte a sus caballos, a sus vacas, a sus cerdos y a sus gallinas, antes de entregarlos. Incluso los granjeros medianos y pequeños hacían lo mismo, sin cuidarse, en absoluto, de los animales que ya no eran suyos, o esperando ingenuamente que, con el colectivismo, el estado no tardaría en proporcionarles otros. La ruinoso pérdida de animales fue la peor desgracia imprevista en el Primer Plan Quinquenal. El desorden agrícola, juntamente con dos veranos de mal tiempo, fue seguido, en 1932, por un hambre temporal, pero mortífera, en la Rusia sur oriental, que costó la vida a unos 2 ó 3 millones de personas; el gobierno, mientras tanto, se negaba a reducir las cuotas de exportación, porque las necesitaba para pagar las importaciones industriales del Plan Quinquenal. La agricultura continuó siendo, durante mucho tiempo, el sector más débil de la economía soviética.

Mediante la introducción de unidades de mil acres en lugar de otras muy pequeñas, la colectivización hizo posible la aplicación del capital a la tierra. Anteriormente, el campesino medio había sido demasiado pobre para comprar un tractor, y sus campos demasiado pequeños y dispersos para que pudiera utilizar uno, de modo que sólo unos pocos «kulaks» habían empleado alguna maquinaria. En el curso del Primer Plan Quinquenal, se organizaron en todo el país centenares de Estaciones de Tractores y Máquinas. Cada una, en su región, mantenía una dotación de tractores, de cosechadoras, de peritos agrónomos, etc., que eran enviados de una granja colectiva a otra, según las necesidades locales. La aplicación de capital incrementó el producto por campesino. También era mucho más fácil, administrativamente, para las autoridades

superiores mantener el control sobre los excedentes agrícolas (productos no consumidos por la propia colectividad) de una sola granja colectiva, que de muchos campesinos pequeños y desorganizados. A cada colectivo se asignaba una cuota, a cuya entrega se comprometía de antemano. Los miembros del colectivo podían vender en el mercado libre todos los productos que excediesen de aquella cuota; pero de este modo el gobierno conocía la cantidad de productos agrícolas con que podía contar, no sólo para alimentar a las ciudades y a otras regiones que no producían sus propios alimentos, sino también para exportar al mercado mundial, a fin de pagar las importaciones de maquinaria comprada en Occidente. En 1939, estaba colectivizado todo el campesinado, menos una fracción insignificante. Aunque la colectivización no logró incrementar la producción agrícola, alcanzó el objetivo de asegurar el control estatal sobre ella. Simultáneamente, hizo posible el éxito de la industrialización, al aumentar la oferta de obreros industriales. Como las aldeas necesitaban menos fuerza de trabajo, 20 millones de personas se trasladaron del campo a la ciudad entre los años de 1926 y 1939, y estaban disponibles para las tareas de las nuevas industrias.

Fueron los campesinos los que llevaron la carga de la colectivización. No sólo habían estado sometidos a la violencia y a la expropiación, sino que los nuevos colectivos devolvían al campesino a algo semejante al *mir*, condenándole a las rutinas de la vida en común y privándole de la posibilidad de adoptar decisiones propias. Al obligar a los campesinos a efectuar «entregas» por debajo de los precios del mercado, se resucitaban incluso algunos rasgos del tipo de la servidumbre y del trabajo forzado que habían predominado, un siglo antes, en la mayor parte de la Europa oriental. Por otra parte, aunque las colectividades presentaban muy distintos grados de prosperidad, es probable que, en 1939, un elevado porcentaje de la población rural dispusiera de mejor vivienda y de mejor alimentación de las que habían tenido antes de la Revolución. Los «kulaks» que podrían haber recordado mejores situaciones no habían sobrevivido.

5. El crecimiento de la industria.

Mientras se revolucionaba la base agrícola, la industrialización avanzaba rápidamente. Al principio, era muy considerable la dependencia de los países capitalistas. Ingenieros y otros técnicos de la Europa occidental y de los Estados Unidos prestaban servicio en la Unión Soviética. En los primeros tiempos, se importaba mucha maquinaria. Pero la depresión mundial que se produjo hacia 1931, al provocar una catastrófica caída de los precios agrícolas, significaba que las máquinas de fabricación extranjera resultaban más costosas en términos de los cereales, que constituían la principal exportación soviética. La situación internacional también empeoraba. El Japón y Alemania, en los años 1930, mostraban una creciente hostilidad hacia la U.R.S.S. Desde el comienzo, los planes quinquenales se habían propuesto como uno de sus objetivos la auto-suficiencia industrial y militar del país. El Segundo Plan Quinquenal, lanzado en 1933, aunque en algunos aspectos menos ambicioso que el primero, mostraba una decisión todavía mayor de reducir las importaciones y de lograr la auto-suficiencia nacional, especialmente en la industria pesada que era fundamental para la producción de guerra.

Nunca diez años de la historia de ningún país occidental habían mostrado un ritmo tan alto de crecimiento industrial como la década de los dos primeros planes en la Unión Soviética. En la Gran Bretaña, la industrialización había sido gradual; en Alemania y en los Estados Unidos había sido más rápida, y en cada país habían existido décadas en las que la producción de carbón o de hierro se había duplicado; pero, en la

U.R.S.S., desde 1928 a 1938, la producción de hierro y de acero se cuadruplicó, y la de carbón se multiplicó por tres y medio. En 1938, la U.R.S.S., era el mayor productor mundial de tractores agrícolas y de locomotoras. Las cuatro quintas partes de toda su producción industrial procedían de las instalaciones construidas en los diez años precedentes. Sólo dos plantas, en las nuevas ciudades de Magnitogorsk, en los Urales, y de Stalinsk, unos 1.500 kilómetros más al este, producían tanto hierro y acero como todo el imperio ruso en 1914. En 1939, solamente los Estados Unidos y Alemania superaban a la Unión Soviética en producción industrial bruta.

Los planes exigían un marcado desarrollo de la industria al este de los Urales, y así llevaron una modernización de la vida, por primera vez, al Asia interior, en un modo solo comparable con el movimiento de la industria de la maquinaria en la región, en otro tiempo primitiva, de los Grandes Lagos, en el Medio Oeste americano. En el antiguo Turkestán y en la antigua Siberia, surgían Pittsburghs, Clevelands y Detroit. Se abrían minas de cobre en los Urales y en torno al Lago Balkhash, y minas de plomo en el Lejano Oriente y en los Montes Altai. Se desarrollaron nuevas regiones productoras de cereales en Siberia y en la R.S.S. de Kazajia (Kazajistán), desde donde se enviaba el grano hacia el oeste, a la propia Rusia, o hacia el sur, a la R.S.S. de Uzbekia (Uzbekistán), que estaba principalmente dedicada al algodón. Tashkent, la capital de Uzbekia, anteriormente una remota ciudad de ferias y caravanas, se desarrolló hasta convertirse en una ciudad de más de medio millón de habitantes en un centro de cultivo del algodón, de la minería del cobre y de las industrias eléctricas, comunicado con el norte por el Ferrocarril Turksib, de reciente construcción. Se descubrió que la cuenca de Kuznetsk, a unos 3.000 kilómetros de cualquier mar, poseía depósitos de carbón de alta calidad.

El carbón de Kuznetsk y el mineral de hierro de los Urales se complementaron, aunque se hallaban separados por unos mil quinientos kilómetros, aproximadamente como el carbón de Pennsylvania y el hierro de Minnesota en los Estados Unidos. La apertura de todas estas nuevas áreas, que requería el traslado de alimentos al Uzbekistán a cambio del algodón, o del hierro de los Urales a las nuevas ciudades de Kuznetsk, exigía una revolución en el transporte. En 1938, los ferrocarriles transportaban una carga cinco veces mayor que en 1913.

Estos asombrosos desarrollos eran suficientes para cambiar la fuerza económica relativa de unos pueblos del mundo con otros. Era importante que el Asia interior estuviese industrializándose, por primera vez. También era importante que, si bien la U.R.S.S. tenía menos comercio exterior del que había tenido el imperio ruso, tenía más comercio que la antigua Rusia con sus vecinos asiáticos, con los que estableció nuevas y estrechas relaciones. La Rusia que se encontró en guerra con Alemania en 1941 era un adversario diferente de la Rusia de 1914. La industrialización en los Urales y en Asia permitió a la U.R.S.S. (con una importante ayuda aliada) sobrevivir a la ocupación alemana y a la destrucción de las antiguas áreas industriales, en el valle del Don. La nueva «patria socialista» fue capaz de resistir el golpe y de devolverlo. Una gran parte del creciente producto industrial había ido a equipar y a modernizar el Ejército Rojo.

Al propio tiempo, no debe exagerarse el grado de industrialización de la U.R.S.S. Fue extraordinario, porque partía de muy poco. Cualitativamente, y según criterios occidentales, los niveles de producción eran bajos. Muchas de las nuevas instalaciones, rápidamente construidas, eran de pacotilla y sufrieron una pronta depreciación. En cuanto a eficacia, como se demostraba por el producto por obrero empleado, la U.R.S.S. seguía detrás de Occidente. En cuanto a intensidad de modernización, como se demostraba por la producción de ciertos artículos en proporción con la población total, también estaba detrás. En 1937, la U.R.S.S. producía *per capita* de su enorme población menos carbón, electricidad, algodones, lanas, zapatos de piel o jabón que los Estados Unidos, Inglaterra,

Alemania, Francia, o incluso el Japón, y menos hierro y acero que cualquiera de esos países, excepto el Japón. La producción de papel es reveladora, porque el papel se utiliza en muchas actividades «civilizadas» --en libros, periódicos, revistas, escuelas, correspondencia, carteles, mapas, ilustraciones, gráficos, documentos de las empresas y de la administración pública, y en artículos y usos familiares. Mientras los Estados Unidos, hacia 1937, producían 103 libras de papel por persona, Alemania e Inglaterra cada una 92, Francia 51, y el Japón 17, la U.R.S.S., sólo producía 11.

6. Costes sociales y efectos sociales de los Planes.

La industrialización en Rusia, como antes en otros países, se llevó a cabo a costa de un gran sacrificio de la población. No era sólo que los «kulaks» perdiesen sus vidas, o que otros, cuyo número nunca se ha conocido, fuesen hallados enemigos del sistema y enviados a campos correccionales de trabajo. Se requería de todos que aceptasen un programa de austeridad y de abnegación, prescindiendo de los mejores alimentos, viviendas y otros artículos de consumo que podrían haberse producido, para poder crear la riqueza y la industria pesada del país. Un tercio del ingreso nacional se reinvertía anualmente en la industria --dos veces más que en la Inglaterra de 1914, aunque probablemente no más que en la Inglaterra de 1840. El plan requería un trabajo duro y unos salarios bajos. El pueblo miraba hacia el futuro, hacia el momento en que, construidas ya las industrias básicas, habría mejores viviendas, mejores alimentos, mejores ropas y más ocio. La moral se sostenía mediante la propaganda. Una de las más importantes funciones de los miembros del partido consistía en explicar por qué eran necesarios los sacrificios. A finales de los años 1930, la vida comenzaba a ser más fácil; en 1935, se abolió el racionamiento alimenticio, y empezaban a aparecer en las tiendas soviéticas de venta al por menor algunos productos más de la industria ligera, como platos y estilográficas. Los niveles de vida estaban, por lo menos, tan altos como los de 1927, y con perspectivas más brillantes de sucesivos crecimientos. Pero la necesidad de los preparativos de guerra, cuando el mundo se acercaba de nuevo al caos, otra vez aplazó la visión de la Tierra Prometida.

El socialismo tal como se llevó a cabo en los planes, puso fin a algunos de los males de libre empresa ilimitada. No había paro. No había ciclos de prosperidad y de depresión. No había abuso de las mujeres y de los niños, como en los primeros tiempos de la industrialización en Occidente. No había miseria ni pauperización, excepto para los indeseables políticos, y excepto en transitorias circunstancias de hambre. Existía un mínimo, por debajo del cual se suponía que no podía caer nadie. Por otra parte, no había igualdad económica. En realidad, el marxismo nunca había previsto una completa igualdad de ingresos como principal objetivo. Aunque no había un puñado de gentes muy ricas, como en Occidente (donde los ingresos de los ricos procedían de la propiedad), las diferencias en los ingresos eran, de todos modos, muy grandes. Los altos funcionarios del gobierno, los directores, los ingenieros y los intelectuales favorecidos recibían las más elevadas retribuciones. Las personas que disponían de grandes ingresos podían reunir pequeñas fortunas para sí mismas y para sus hijos, mediante la compra de bonos del estado o acumulando posesiones personales. Pero, bajo el socialismo, no podían ser dueños de ningún capital industrial.

La competencia continuaba. En 1935, un minero llamado Stajanov incrementó notablemente su producción diaria de carbón, ideando mejoras en sus métodos de trabajo. También incrementó notablemente sus salarios, pues los obreros soviéticos cobraban a destajo. Su ejemplo se hizo contagioso; los obreros de todo el país empezaron a batir marcas de todo tipo. El gobierno publicaba los éxitos de aquellos hombres, les llamaba

stajanovistas o «héroes del trabajo», y declaraba que aquel movimiento era «una nueva y superior etapa de competencia socialista». En los círculos obreros de los Estados Unidos, aquella tensión por lograr un aumento de la producción sería calificada de *speed-up* (literalmente, acelerar), y los salarios a destajo habían sido condenados, desde hacía mucho tiempo, por los trabajadores organizados de todos los países. Tampoco la dirección estaba libre de la presión de la competencia. Un director de fábrica que no alcanzaba el ingreso neto (o «beneficio») con que contaba el plan, o que no lograba cumplir su cuota de producción, podía perder, no sólo su trabajo, sino también su posición social, o incluso su vida. Una mala dirección era considerada, muchas veces, como sabotaje. Un mal uso de los hombres y de los recursos asignados a una fábrica se interpretaba como una traición a los obreros soviéticos y como un despilfarro de la riqueza de la nación. La prensa -que, por otra parte, no era libre- denunciaba sin reservas a industrias enteras o a ejecutivos individuales por sus fracasos en el cumplimiento del plan.

Los observadores extranjeros solían descubrir el rasgo distintivo del nuevo sistema en este tipo de competencia o emulación, en un sentimiento de que todos estaban trabajando afanosamente y luchando por crear una patria socialista. Parecía que los obreros creían, realmente, que las nuevas maravillas industriales eran suyas. Las gentes celebraban cada nuevo avance como un triunfo personal. Llegó a convertirse en un pasatiempo nacional la observación de las estadísticas ascendentes, el cumplimiento de las cuotas o el acierto en las «dianas». Los lectores de los periódicos no prestaban atención a las historietas cómicas; leían ávidamente las informaciones acerca de los últimos logros (o fracasos) en el frente económico. Nunca se había gozado tanto del progreso material y mecánico, ni siquiera en la América de la Fiebre del Oro. No se sentía ninguna diferencia de clase entre los obreros y la dirección. Era evidente que existía poca envidia, porque las diferencias de ingresos, al ser socialistas, se consideraban como necesarias y justas. Al crear esta solidaridad, hasta donde existió, la U.R.S.S. ofreció uno de sus más serios planteamientos frente a la empresa privada y al capitalismo privado de Occidente.

Hasta qué punto aquel sentimiento era real, hasta qué punto era espontáneo, y hasta qué punto era inculcado por un gobierno vigilante y dictatorial, son cuestiones sobre las que ha habido grandes diferencias de opinión. No hay duda de que la solidaridad se logró al precio del totalitarismo³³. El gobierno lo supervisaba todo. No había lugar para el escepticismo, para la excentricidad de pensamiento, para ninguna crítica fundamental que debilitase la voluntad de triunfo. Como en los tiempos zaristas, nadie podía abandonar el país sin autorización especial, y ésta se concedía mucho más raramente que antes de 1914. Sólo había un partido. No había sindicatos libres, ni prensa libre, ni libertad de asociación, y, en el mejor de los casos, sólo una irritable tolerancia para la religión. El arte, la literatura e incluso la ciencia se convirtieron en vehículos de propaganda política. El materialismo dialéctico era la filosofía oficial. La conformidad era el ideal, y la propia pasión por la solidaridad hacía temer y recelar de todos los que pudieran apartarse de ella. En cuanto al número de personas sacrificadas a la Juggernaut -burgueses liquidados, «kulaks» liquidados, miembros del partido purgados, personas desafectas sentenciadas a largas condenas en campos de trabajo-, es difícil llegar a una cifra exacta, pero alcanzó, desde luego, a muchos millones a lo largo de los años.

7. Los procesos de purgas de los años 1930.

En 1936, se consideró que el socialismo había tenido tantos éxitos, que se proclamó una nueva constitución para la U.R.S.S. La constitución enumeraba como

derechos de los ciudadanos soviéticos, no solamente las libertades civiles habituales en la democracia occidental, sino también los derechos a un empleo estable, al descanso, al ocio, a una seguridad económica y a una vejez cómoda. Se condenaban todas las formas de racismo. Reorganizaba las repúblicas soviéticas, y concedía el sufragio universal igual y directo. La nueva constitución de 1936 fue favorablemente comentada en Occidente, donde se esperaba que la Revolución Rusa, como otras revoluciones anteriores, se hubiera adentrado, al fin, por canales más apacibles y tranquilos. Era evidente, sin embargo, que el Partido Comunista seguía siendo el único grupo gobernante del país, que Stalin estaba estrechando su dictadura, y que el partido estaba aquejado de tensiones internas.

Era natural que las complejas y diversas operaciones de los planes quinquenales produjesen divergencias de opinión entre los hombres que las realizaban. Pero los veteranos del partido se hallaban entregados, no sólo a discusiones políticas, sino también al viejo juego de la toma del poder. A la derecha, capitaneada por Bujarin, había un grupo que creía en unos métodos más graduales de colectivización de los campesinos. Más importante era el elemento descrito como izquierdista. Su mente rectora y su aglutinante era el desterrado Trotsky. Probablemente, había algún tipo de maquinaria trotskista secreta dentro de la U.R.S.S. y dentro del partido, aunque no está probada la acusación de que algunos trotskistas habían conspirado con los alemanes y con otros extranjeros para derrocar y sustituir a Stalin. Ya en 1933 el partido experimentó una drástica purga, en la que fue expulsado un tercio de sus miembros. Incluso leales colaboradores de Stalin se asustaron ante su creciente crueldad. Serge Kirov, un viejo amigo y compañero revolucionario de Stalin desde 1909, recientemente elegido como miembro clave del secretariado del partido, dio muestras de capitanear a los desafectos; en 1934, fue asesinado en su despacho, muy probablemente por un agente de policía de Stalin. Stalin utilizaba el asesinato para eliminar a sus adversarios, imaginarios o reales, mediante una resurrección del terror, ejecutando inmediatamente a más de cien personas e iniciando las extraordinarias «purgas» de los años 1930.

Tuvo lugar una serie de procesos sensacionales. En 1936, fueron procesados dieciséis viejos bolcheviques. Algunos, como Zinoviev y Kamenev, habían sido expulsados del partido en 1927, por apoyar a Trotsky, y después, tras haberse retractado, habían sido readmitidos. Ahora fueron acusados del asesinato de Kirov, de conspirar para asesinar a Stalin, y de haber organizado, en 1932, bajo la inspiración de Trotsky, un grupo secreto para desorganizar y aterrorizar al Comité Central. Para asombro del mundo, todos los acusados confesaron plenamente los delitos que se les imputaban, en juicio público. Todos se autocriticaron como indignos y descarrilados delincuentes. Todos fueron condenados a muerte. En 1937, tras unos procesos similares, otros diecisiete viejos bolcheviques sufrieron la misma suerte o fueron condenados a largas penas de prisión; y, en 1938, Bujarin y los derechistas, acusados de querer restablecer el capitalismo burgués y de conspirar con Trotsky para revolucionar a la U.R.S.S., fueron ejecutados. Las mismas confesiones y autoacusaciones se produjeron en casi todos los casos, sin que se adujese ninguna otra prueba verificable. Cómo se obtenían aquellas confesiones en juicio público, de unos hombres que aparentemente se hallaban en la plena posesión de sus facultades y sin que mostraran signo alguno de daño físico, sigue siendo todavía uno de los grandes misterios de la política moderna. Ulteriores revelaciones de tortura psicológica y de malos tratos físicos que quebrantaban su voluntad y destruían sus facultades de raciocinio arrojaron alguna luz acerca de las técnicas utilizadas. Además de aquellos procesos públicos, había miles de arrestos, investigaciones privadas y ejecuciones. En 1937, en un tribunal militar secreto, el mariscal Tujachevski y otros siete altos generales fueron acusados de trotskismo y de

conspirar con los alemanes y con los japoneses, y fueron fusilados. Las purgas no sólo alcanzaban a hombres que habían ostentado los más altos puestos en el partido, en el gobierno y en los círculos militares, sino que llegaban también a los escalones inferiores de todos estos grupos. Antes de que las purgas hubieran terminado, a finales de 1938, un desconocido número de personas, pero probablemente millones, fueron ejecutadas o enviadas a los campos de trabajo. Años después, se estableció la inocencia de muchas de las víctimas de las sospechas casi paranoicas de Stalin, y sus reputaciones les fueron póstumamente restituidas.

Mediante aquellas famosas «purgas», se reforzó la dictadura de Stalin y la disciplina del partido. Es posible que se hubiera evitado un peligro real de una revolución renovada. Si el gobierno zarista hubiera tratado tan sumariamente a los bolcheviques como los bolcheviques se trataron los unos a los otros, no podría haberse producido ninguna Revolución de Noviembre. Sobre todo, Stalin se desembarazó, mediante los procesos, de todos los posibles rivales de su posición personal. Se liberó del entorpecimiento de tener a su lado a unos hombres que pudieran recordar los viejos tiempos, que pudieran citar a Lenin como a un antiguo amigo, o empequeñecer la realidad de 1937 recordando los sueños de 1917. Después de 1938, ya no quedaban, virtualmente, viejos bolcheviques. Los revolucionarios profesionales ancianos, pero todavía fervientes, ahora estaban muertos. Un grupo más joven, producto del nuevo orden, afortunados hombres de acción, prácticos, constructivos, intolerantes con los «agitadores» y sumisos a la dictadura de Stalin, estaban manejando lo que ya era un sistema establecido.

Texto extraído de: Historia contemporánea. De R. Palmer y J. Colton. Págs. 498-509. Editorial Akal. Madrid 1980.